

Agatha Christie

UNA VISITA INESPERADA

Una noche de tormenta Michael Starkwedder se pierde por una carretera de Gales por lo que acude a una mansión cercana a pedir ayuda, sin embargo allí descubre que se acaba de cometer un asesinato. La asesina, esposa del difunto, ha confesado. Sin embargo, algo inquieta a Starkwedder, y es que los hechos parecen evidentes... demasiado evidentes, así que en lugar de llamar a la policía, comienza a investigar por su cuenta en una casa en la que todos son sospechosos, y es que todos tenían motivos para asesinar al señor de la casa, un hombre cruel y despiadado.

PERSONAJES

Richard Warwick (Cadáver)

Laura Warwick

Michael Starkwedder

Señora Warwick

Jan Warwick

Señorita Bennet

Henry Angell

Sargento Cadwallader

Insp. Thomas

Julian Farrar

ACTO PRIMERO

La escena se desarrolla en el interior de una típica casa en la campiña al sur de Gales. La obra se desarrolla en el estudio. Se escuchan algunos esporádicos ladridos de perros y el triste ulular de un ave nocturna. Es de noche, con una intensa niebla. En la contraventana, se divisa apareciendo la figura de hombre. Atisba el interior. Al no percibir ruidos ni movimientos, golpea en el cristal. No hay respuesta. Al cabo de unos instantes ingresa en la habitación, sumida en la oscuridad.

Una vez dentro, se queda inmóvil a la escucha de ruidos o movimientos.

Michael:

¿Hola?... ¿Hay alguien? (Alumbra la habitación con la linterna y comprueba que se trata de un estudio bien amoblado, con las paredes cubiertas de libros. En el centro de la estancia, divisa a un hombre joven, en una silla de ruedas, frente a los ventanales, con una manta en su regazo. Parece estar dormido).

Michael:

¡¡Ah, hola!! No pretendía asustarle, lo siento. Es esta endiablada niebla. He acabado con el coche dentro de una cuneta y no tengo la menor idea de dónde me encuentro. ¡¡Ah!!, perdone, he dejado la puerta abierta. (Cierra la puerta y corre las cortinas). Supongo que me desvié de la carretera principal en algún momento, hace más de una hora que circulo por estos caminos llenos

de curvas. (Silencio). ¿Está dormido? (Alumbra el rostro con la linterna, el hombre no se mueve. Cuando lo toca para despertarlo, el cuerpo se derrumba hacia un costado)... ¡¡Santo Dios!! (Ilumina la estancia con la linterna y descubre un interruptor de luz. Cruza la estancia y lo enciende. Es un hombre de estatura mediana, rubio, de unos 40 años. Viste traje de tweed, abrigo y bufanda. Deja la linterna sobre el escritorio, y sin dejar de mirar la silla de ruedas, enciende un segundo interruptor. Se sobresalta al descubrir a una atractiva mujer, de unos 35 años, vestida de cocktail con una chaqueta al tono, de pie, junto a una estantería. Los brazos le cuelgan inertes al costado del cuerpo. No se mueve ni habla).

Michael:

¡¡Está... muerto!!

Laura:

(Sin expresión en su rostro). Sí.

Michael:

¿Lo sabía ya?

Laura:

Sí.

Michael:

Le han disparado en la cabeza. ¿Quién...? (Enmudece cuando la mujer revela la mano derecha, hasta entonces oculta en los pliegues del vestido. Tiene una pistola. El hombre contiene el aliento. Cuando se da cuenta que no le está amenazando, se acerca y con suavidad, le quita la pistola de la mano). ¿Le ha disparado?

Laura:

(Al cabo de unos segundos). Sí.

Michael deposita el arma en una mesa, junto a la silla de ruedas, contempla el cadáver unos instantes y mira alrede-

dor.

Laura:

(Señalando el escritorio con la cabeza). El teléfono está allí.

Michael:

(Sorprendido). ¿El teléfono?

Laura:

Por si quiere llamar a la policía.

Michael:

(Desconcertado). Unos minutos más o menos, no cambian nada. De todos modos, no les será fácil llegar hasta aquí con esta niebla; antes quisiera saber algo más... *(Interrumpiéndose y señalando el cadáver).* ¿Quién es?

Laura:

Mi marido. Se llama Richard Warwick. Yo soy Laura Warwick.

Michael:

Vaya... ¿no será mejor que se siente? *(La mujer se dirige con paso vacilante a un extremo del sofá).* ¿Puedo ofrecerle algo para beber... alguna otra cosa? Debe haber sido un *shock* para usted.

Laura:

(Con tono irónico). ¿Disparar a mi marido?

Michael:

Sí, supongo que sí. ¿O es que se trataba de un juego?

Laura:

(Impertérrita). Sí, era un juego. De todos modos, aceptaré esa bebida. *(El hombre sirve un coñac de la licorera situada en la mesa, junto a la silla de ruedas. Se lo ofrece a la mujer, que lo bebe. Pasados unos minutos, pregunta):*

Michael:

Bien, ¿qué le parece si me lo cuenta todo?

Laura:

(*Lo mira*). ¿No sería mejor que llamara a la policía?

Michael:

Cada cosa a su tiempo. No pasa nada, si tenemos una pequeña charla antes, ¿verdad? (*Se saca los guantes que guarda en el bolsillo de la chaqueta*).

Laura:

(*Empezando a perder la compostura*). Yo no... ¿Quién es usted?... ¿Por qué ha venido aquí esta noche? ¡¡Por el amor de Dios!! ¡¡Dígame quién es usted!!

Michael:

Muy bien. Me llamo Michael Starkwedder, desde luego, un apellido inusual. Soy ingeniero, trabajo para la Compañía Anglo-Iranian y acabo de regresar del Golfo Pérsico. (*Pausa*). Hace unos días que estoy aquí, en Gales, visitando viejos lugares. La familia de mi madre, era de esta parte del mundo y me estaba planteando la posibilidad de comprarme una casita. (*Sacude la cabeza y sonrío*). Llevaba dos horas dando vueltas por estos tortuosos caminos del sur de Gales, cuando el coche se atascó en una cuneta. A mi alrededor no había más que niebla espesa, pero caminé a tientas hasta la casa con la esperanza de encontrar un teléfono, o incluso, con suerte, hospedaje para esta noche. La puerta no estaba cerrada, así que entré y me encontré con... (*Gesto hacia el cadáver*).

Laura:

(*Con ojos inexpresivos*). Llamó a la puerta varias veces.

Michael:

Sí; pero no contestó nadie.

Laura:

No, no respondí.

Michael:

(La mira, da un paso hacia el cadáver y se vuelve hacia ella). Como iba diciendo, la contraventana no estaba cerrada, así que entré.

Laura:

(Bajando la vista hacia la copa de coñac y habla como si citara un texto). La puerta se abrió, y entra una visita inesperada. *(Tiembla ligeramente).* De niña, siempre me había asustado ese dicho, «una visita inesperada». *(Echa la cabeza hacia atrás, observa a su huésped inesperado y exclama):* ¿Por qué no llama a la policía y acabamos esto de una vez?

Michael:

(Se acerca al cadáver). Todavía no. Dentro de un momento, quizás. ¿No me quiere decir por qué le disparó?

Laura:

(Con tono irónico nuevamente). Podría darle muy buenas razones para ello: en primer lugar, bebía en exceso. Por otro lado, era cruel, insoportablemente cruel. Le odiaba desde hace años. *(Al ver que el hombre la observa con severidad).* ¿Qué esperaba que le dijera?

Michael:

(Acercándose al cadáver con lentitud, murmura). ¿Hacía años que le odiaba? Pero algo especial sucedió esta noche, ¿verdad?

Laura:

Tiene razón. Sí, algo muy especial sucedió esta noche, así que tomé la pistola y..., y le disparé. Tan simple como eso. Pero ¿de qué sirve hablar de todo ello? Al fin y

al cabo, lo único que podrá hacer es llamar a la policía, no tengo escapatoria.

Michael:

(*Mirándola*). No es tan fácil como usted cree.

Laura:

¿Por qué no?

Michael:

(*Acercándose a ella y hablando en forma pausada*). No es tan fácil hacer, lo que usted me está empujando a hacer. Es una mujer, una mujer muy atractiva.

Laura:

(*Mirándolo largamente*). ¿Supone eso alguna diferencia?

Michael:

(*Respondiendo con ligereza*). En la teoría no, pero en la práctica, sí. (*Se sitúa de nuevo frente al cadáver*).

Laura:

(*Con indiferencia*). ¡¡Ah!!, ¡¡así que estamos hablando de caballerosidad!!

Michael:

Llámelo curiosidad, si prefiere. Quisiera saber qué ha sucedido aquí.

Laura:

(*Guardando silencio un instante*). Ya se lo he dicho.

Michael:

(*Comienza a caminar alrededor del cadáver, observándolo como fascinado*). Me ha contado los hechos desnudos, tal vez. Pero nada más que eso.

Laura:

También le he proporcionado un móvil. No hay nada más que contar. De todos modos, ¿por qué tendría que

creer en mis palabras? Podría inventar lo que se me die-
ra la gana. Sólo tiene mi palabra de que Richard era un
hombre cruel, que bebía y me hacía la vida imposible. Y
de que le odiaba.

Michael:

Sin duda, que puedo aceptar esta última afirmación,
que le odiaba, sin ninguna discusión. Después de todo,
hay varios indicios que dan prueba de ello. (*Acercándose
al sofá y mirando a Laura*). Pero aún así, ¿no cree que
la solución es un poco drástica? Dice que le odiaba des-
de hace años. ¿Por qué no lo dejó? Hubiera sido más
sencillo.

Laura:

(*Titubeando*). No... no tengo dinero propio.

Michael:

Mi querida Señora, si hubiera podido probar que era un
hombre cruel, adicto a la bebida y todo lo demás, po-
dría haberse divorciado de él y haber obtenido una
pensión o como se le llame. (*Laura, si saber qué decir,
se levanta y dándole la espalda se acerca a la mesa y
deja el vaso*).

Michael:

¿Tiene hijos?

Laura:

No, gracias a Dios

Michael:

Entonces, ¿por qué no lo dejó?

Laura:

(*Volviéndose, confusa*). Bueno... heredaré todo el dine-
ro.

Michael:

Se equivoca. La ley no va a permitir que se aproveche del resultado de un crimen. ¿O acaso pensaba que...? (*Titubea*). ¿Qué es lo que pensaba?

Laura:

No sé qué quiere decir.

Michael:

(*Sentándose en el sillón*). Usted no es una mujer estúpida. Incluso si heredara todo el dinero de su marido, no le serviría de mucho si se pasa el resto de su vida entre rejas. Supongamos, que yo no hubiera venido aquí esta noche. ¿Qué hubiera hecho?

Laura:

¿Acaso importa?

Michael:

Quizás no, pero me interesa. ¿Cuál hubiese sido su versión de los hechos si yo no hubiese llegado y le hubiera pillado con las manos en la masa? ¿Hubiera alegado que había sido un accidente? ¿Un suicidio?

Laura:

(*Parece desesperada, cruza la estancia y se sienta en el sillón sin mirar a Michael*). No lo sé. No tengo ni idea. Lo cierto es que... no he tenido tiempo de pensarlo.

Michael:

No, quizás no... pero no creo que se tratara de un acto premeditado, sino que actuó por impulso. (*Se levanta del sillón y se acerca a la pared*). De hecho, creo que se debió a algo que debe haber dicho su marido. ¿Qué fue?

Laura:

No importa

Michael:

¿Qué dijo? ¿Qué fue lo que dijo?

Laura:

(*Mirándolo fijo*). Eso es algo que no revelaré jamás a nadie.

Michael:

(*Volviendo al sofá y colocándose detrás de ella*). Se lo preguntarán en el juicio.

Laura:

No contestaré, no pueden obligarme.

Michael:

Pero su abogado tendrá que saberlo. Quizá eso, suponga una gran diferencia para usted en el juicio.

Laura:

(*Volviéndose hacia él*). ¿Es que no lo entiende? No tengo ninguna esperanza, estoy preparada para lo peor.

Michael:

¿Por qué? ¿Sólo porque entré por la ventana? Si no lo hubiera hecho...

Laura:

¡Pero lo hizo!

Michael:

Sí, lo hice, y por eso, usted va a cargar con el muerto. ¿Eso es lo que piensa? (*Laura no responde, Michael va a un extremo del sofá, saca un cigarrillo le ofrece uno a Laura y toma otro para sí*). Tome. Bien, ahora vamos a retroceder un poco en el tiempo. Hacía años que usted odiaba a su marido, y esta noche dijo algo que colmó su paciencia, tomó la pistola y... (*Se detiene en seco, se dirige a la mesa que estaba junto a la silla de ruedas y miró la pistola*). Por cierto, ¿qué hacía aquí sentado con una pistola al lado? No es algo muy normal.

Laura:

Ah, eso. Es que solía dispararle a los gatos.

Michael:

(Mirándola con sorpresa). ¿A los gatos?

Laura:

(Resignada). Bien, supongo que tendré que contarle ciertas cosas.

Michael:

(Confundido). ¿Y bien?

Laura:

(Respira hondo y mira al frente). A Richard le gustaba la caza mayor, así es como nos conocimos en Kenia. Por entonces, era diferente, o quizás mostraba sus virtudes y no sus defectos. Tenía buenas cualidades, ¿sabe?, era generoso y valiente. Muy valiente; resultaba atractivo para las mujeres.

Michael:

Prosiga

Laura:

Nos casamos poco después de conocernos. Pero dos años más tarde, sufrió un accidente terrible: le atacó un león. Tuvo suerte de salir con vida, pero desde entonces, fue un inválido, no podía caminar. *(Se echa hacia atrás, más relajada. Michael se sienta en el escabel, delante de ella. Laura da una honda calada a su cigarrillo y exhala el humo).* Dicen que las desgracias mejoran el carácter, pero no fue así en el caso de Richard. En lugar de ello, se acentuaron todos sus defectos: el rencor, una vena sádica, la bebida... Hacía la vida imposible a todos los habitantes de la casa, pero se lo permitíamos porque, ya sabe, todos decían: «pobre Richard, es tan triste ser un inválido». No deberíamos haberlo aguantado,

por supuesto, ahora soy consciente de ello. Lo único que conseguimos con eso, fue fomentarle pensar que podía hacer lo que quisiera. (*Se acerca a la mesa junto al sofá, para tirar la ceniza del cigarrillo en el cenicero*). Lo que más le gustaba, era la caza. Desde que nos mudamos a esta casa, se sentaba aquí cada noche cuando todos dormían y Angell, su mayordomo y protector, le traía el coñac y una de sus pistolas. Después, ordenaba abrir los ventanales y se sentaba aquí, al acecho del brillo de los ojos de una gato, de un conejo o incluso de un perro. También les disparaba durante el día... y a los pájaros.

Michael:

¿No se quejaban los vecinos?

Laura:

Por supuesto. (*Se sienta de nuevo en el sofá*). Sólo hace un par de años que estamos aquí. Antes vivíamos en Norfolk, donde entre las víctimas de Richard hubo dos o tres animales domésticos y recibimos muchas quejas. Por eso nos mudamos aquí, porque es una casa aislada y sólo tenemos un vecino en varios kilómetros a la redonda. Por otra lado, abundan las ardillas, los pájaros y los gatos abandonados. (*Hace una pausa y prosigue*). En realidad, el problema en Norfolk, se debió a una mujer que vino un día a casa a recolectar dinero para la fiesta del pueblo. Cuando se marchó calle abajo, Richard comenzó a disparar a diestro y siniestro y, según nos explicó después entre carcajadas, la mujer se asustó como un cervatillo. Dijo que le temblaba el trasero como una gelatina. La mujer acudió a la policía y se produjo un revuelo.

Michael:

(*Lacónico*). Ya lo imagino.

Laura:

No obstante, Richard salió airoso. Tenía el permiso en regla de todas sus armas y, además aseguró a la policía que sólo las utilizaba para cazar conejos. Justificó las quejas de aquella mujer, diciendo que era una solterona que se imaginaba cosas. Juró que jamás se le habría ocurrido dispararle. Richard era una persona muy convincente, y no tuvo problemas en conseguir que la policía le creyera.

Michael:

(Levantándose del escabel y acercándose al cadáver). Al parecer, su marido tenía un sentido del humor bastante perverso. *(Mirando la mesa junto al cadáver).* Así que, tener una pistola a su lado era una rutina nocturna; pero no es posible que esperara cazar algo esta noche, no con esta niebla.

Laura:

Todas las noches, siempre, pedía que le trajeran una pistola. Era como un chico con su juguete. A veces, disparaba a la pared y hacía dibujos. *(Señalando el ventanal).* Allí, fíjese. A la izquierda, detrás de las cortina.

Michael:

(Levantando la cortina). ¡Dios Santo!, marcó sus iniciales «R.W.» en la pared con agujeros de bala. Increíble. *(Volviendo hacia Laura).* Debo admitir que tenía muy buena puntería. Debía de ser terrible vivir con él.

Laura:

Lo era. Pero... ¿es necesario que continuemos hablando de todo esto? No hacemos más que postergar lo inevitable. Tiene que llamar a la policía, no hay otra opción. ¿No ve que sería más clemente por su parte hacerlo de una vez por todas? ¿O es que quiere que lo haga yo? ¿Es eso? *(Se acerca al teléfono).* Pues bien, lo haré.